

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 445

Madrid, 2 de Agosto de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

POR LA PAZ MUNDIAL

LA CONFERENCIA DE PRAGA

LA Alianza Universal, que trata de fomentar la amistad entre las naciones, reconoce que la guerra es la gran barrera que se opone a la realización de sus ideales. En tanto que permanezca el sistema de la guerra y las naciones continúen armándose como una preparación para la guerra, la guerra será inevitable. Sin aceptarninguna fórmula pacifista para poner fin a este antiguo mal, la Alianza en cada una de sus conferencias y convenciones ha buscado medios y maneras de alistar a las Iglesias en la cruzada para un mundo sin guerras.

En la reunión del Management Committee, en Constanza (Alemania), el pasado Agosto, se tomaron las disposiciones para celebrar en Praga una Conferencia mundial de desarme en el verano de 1928. Se eligió un Comité, y se señaló la fecha 24 a 30 de Agosto como tiempo para esta Conferencia.

El Comité internacional de la Alianza, formado por unos 125 miembros, se reunirá en dicho sitio y fecha. Cierta número de asuntos relacionados con el funcionamiento de la Alianza ocuparán la atención de los delegados; pero el objeto principal de la reunión de Praga será la discusión de las cuestiones referentes al desarme.

Secundariamente, y formando parte del programa, habrá temas como: «Educación para la paz», «La influencia de la Prensa», «Los problemas económicos de la guerra y de la paz». Sin embargo, a través de todas las discusiones, correrá el vital reconocimiento del hecho de que

estos días ofrecen una oportunidad de oro a los amantes de la paz de todos los pueblos para que se junten en un común esfuerzo para disminuir la carga de los armamentos, que les llevan la amenaza de la guerra.

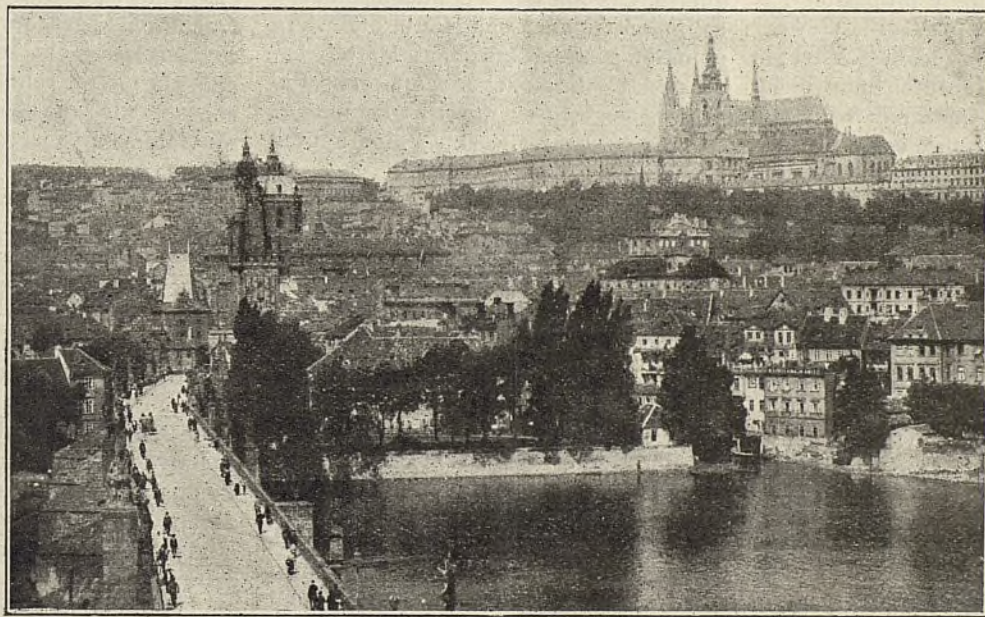
El tema es oportuno. Toda guerra en

Gran Guerra desarmaron a los vencidos, lo hicieron por acuerdo general, y este acto dió al mundo el reconocimiento del hecho de que el más seguro preventivo de la guerra es el completo desarme.

Diez años han pasado y ahora encontramos a las naciones volviendo a los antiguos caminos;

hombres que hace pocos años tenían altos ideales buscando estabilizar y hacer permanente la paz conseguida tras amargos años de lucha, están volviéndose cínicos. En algunos países hasta se considera antipatriótico decir una sola palabra contra la guerra.

Las Iglesias y el pueblo de espíritu religioso en el mundo tienen una oportunidad sin igual para servir. En



UNA VISTA DE PRAGA

los tiempos modernos ha sido «una guerra para poner fin a la guerra», y no obstante, tan pronto como la lucha ha cesado, los antiguos temores han vuelto y las naciones o grupos de naciones rivales han empezado a aumentar sus armamentos, fabricar más y más armas mortíferas, y mayores y más veloces barcos de guerra; las mentes más sagaces de los mejores científicos han sido puestas al servicio del Estado para buscar venenos más destructores y materias más explosivas para la máquina de la guerra. Todo esto es hecho en nombre de «la defensa nacional». La última guerra, si enseña algo, enseña que el camino más seguro para traer la guerra, es prepararse para ella en tiempo de paz.

Son sólo pocos en todas las naciones los que prefieren contradecir semejante estado. Cuando los vencedores en la

la Conferencia de Praga se intentará examinar la presente situación mundial en tal forma, que la necesidad de un amplio y universal reconocimiento de las cuestiones morales, envueltas en el problema del desarme, aparezcan ser de una significación mucho mayor que todas las cuestiones de número y calibre de armas, toneladas, fuerza potencial, o cualesquiera otras consideraciones materiales, por muy grandes e importantes que sean en sí mismas. Una vez ganada la idea en la mente del mundo de que la guerra es un mal tan colosal que no puede ser tolerado por más tiempo, que es una suprema insensatez que los hombres inteligentes no tengan medios para impedirla, y que, por tanto, cualquier rumor de preparación para la guerra o cualquier armamento, excepto el necesario para los sencillos propósitos de policía dentro de los

dominios de cada nación, es un crimen contra la Humanidad, entonces no pasará mucho sin que toda fortaleza desaparezca, toda arma contra un Estado vecino sea destruida, y tengamos la primera verdadera promesa de una paz permanente.

La Conferencia de Praga comenzará el viernes 24 de Agosto. El Domingo día 26, el obispo de Ripon predicará el sermón de la Conferencia, y en la tarde, presentarán las bases de todas las discusiones el muy honorable H. A. L. Fisher, de Oxford, y M. Marc Sanguier, antiguo miembro de la Cámara de Diputados de Francia. El tema será: «Educación para la paz».

En la mañana del lunes 27, el doctor Walther Simons, presidente del Tribunal Supremo de Alemania, pronunciará el discurso inicial: «Fundamentos morales y religiosos de la paz mundial». Después seguirán una serie de discusiones sobre: «Programa de desarme desde el punto de vista moral»; «Métodos y propósitos», y consideraciones sobre la necesidad de un desarme general en las mentes. Y luego vendrá la discusión sobre el lugar de la Iglesia, no como el instrumento actual para traer el desarme, sino como una organización que coopere con la Sociedad de Naciones, Tribunal de la Paz, Oficina del Trabajo, Gobiernos y Organizaciones de mujeres.

Se elegirá un Comité al comienzo de las sesiones de la Conferencia, y su ponencia sobre «Desarme» constituirá las bases de una discusión general, en la cual todos los delegados tendrán oportunidad para manifestar sus opiniones.

Entre los oradores figurarán M. Albert Thomas, director de la Oficina Internacional del Trabajo; el profesor Rede, de Berlín; el Dr. Benes, ministro de Relaciones Exteriores de Checoslovaquia; el profesor Politis, uno de los diplomáticos de Grecia; el profesor Hull; el pastor Gounelle; el doctor Luther, ex canciller de Alemania; el doctor Merrill, Sir Willoughby Dickinson, el deán Shailer Mathews, el honorable Henry Morgenthau, el doctor Hamilton Holt, el patriarca de Alejandría, el obispo Ravasz y el arzobispo de Upsala, que pronunciará el discurso final. Quizá no se ha presentado en ninguna reunión internacional un programa más completo y más elevado.

Los delegados a la Conferencia, en adición a los miembros del Comité Internacional, serán en igual número elegidos por los Comités Nacionales de la Alianza en los diferentes países. También se han tomado disposiciones para la admisión de 200 delegados adicionales, a los cuales se les darán tarjetas mediante el pago de una cuota. Las reuniones públicas estarán abiertas para todos.

El sistema de la guerra es más antiguo que el gobierno organizado. Los hombres lucharon por las cosas que necesitaban, antes de que hubiera ningún Estado reconocido. La guerra todavía tiene

un algo popular; hay algo heroico en el llamamiento al sacrificio y a la abnegación por parte de aquéllos que a ella se entregan.

Mientras revela lo peor en la Humanidad, también manifiesta lo mejor. Utiliza la vida, los colores, la música, en forma tal, como para excitar la imaginación. La vida es vivida en su más elevada presión bajo tales condiciones. La mente humana está de tal modo dispuesta, que después que la gloria de la guerra ha pasado, nada queda, sino engaño, sangre, bajeza, degradación moral, desmoralización de crédito, y el derrumbamiento de todas las normales relaciones. Después que todo esto pasa y olvidamos los horrores, lo heroico vuelve otra vez a ponerse delante de todo.

La Alianza está tratando de librar el espíritu de hombres y mujeres llenos de esa bestial crueldad y fatal siega, y al mismo tiempo buscando hacer la lucha por la paz tan heroica como la misma guerra. Las Iglesias y el pueblo piadoso del mundo pueden cambiar la atmósfera mundial, pueden destronar a Marte y hacer reinar a Cristo, si ellos quieren. ¿Podrán hacer esto en nuestra generación? La Alianza contesta: sí; y Praga ayudará a probar que es verdad.

HENRY A. ATKINSON
(Secretario general de la «World Alliance for promoting International Friendship through the Churches».)



Cuándo oró el incrédulo.

Un misionero, viajando por los montes apartados de Canadá, se perdió en el camino; pero se regocijó al encontrar una gran congregación de colonos reunidos alrededor del fuego escuchando un potente discurso; pero ¡cuál sería el horror del misionero cuando halló que el orador estaba procurando probar que no había Dios, ni cielo, ni infierno, ni eternidad!

Terminó el hombre su discurso, y entonces el misionero se levantó y dijo:

— Amigos, no voy a pronunciar un largo discurso, porque estoy cansado; pero os voy a relatar una pequeña historia. Unas pocas semanas ha estaba yo andando por las riberas de un río, no lejos de aquí, cuando oí unos gritos de angustia, y para mi horror, vi una canoa arrastrada corriente abajo. En el bote sólo había un hombre.

En un breve plazo estaría cerca de las cataratas y se hubiera ido. Vió su peligro y yo oí su clamor: «¡Oh, Dios, si yo debo perder mi vida, ten misericordia de mi alma». Yo me lancé al agua y alcancé la canoa, la arrastré a tierra y salvé al hombre. El hombre cuyo clamor escuché, cuando creyó que ninguno estaba cerca, orando a Dios que tuviera misericordia de su alma, es el mismo que os ha pronunciado el discurso diciéndoos que él no cree que hay Dios, ni cielo, ni infierno, ni eternidad.

UNIDAD CRISTIANA

«Y habrá un rebaño y un Pastor.»

JUAN, X, 16.

Con objeto de conceder realidad a las anteriores palabras pronunciadas por Nuestro Señor Jesucristo, vienen celebrándose de poco tiempo a esta parte diversas Asambleas en distintas ciudades para lograr una unión entre las tres ramas del Cristianismo que se hallan en la actualidad extendidas por el mundo.

Únicamente se han reunido en las citadas Asambleas protestantes y cismáticos griegos; pues la Iglesia romana ha rehusado siempre la invitación a estar representada en tales actos que se le ha dirigido amablemente.

Y esta renuncia de asistencia a tales reuniones, ¿a qué puede atribuirse sino a su intransigencia? No ha desdeñado su asistencia porque no tenga interés en que el hermoso pensamiento de la unidad cristiana sea pronto un hecho, sino más bien porque desea ser dueña de todas las conciencias y que todas se sometan a ella, sin tolerar reuniones ni admitir razones de ninguna especie; el único camino viable a un acuerdo es éste: hacer su voluntad.

Mientras la Iglesia de Roma se mantenga en esta tesitura, nuestros anhelos no se lograrán; desea que todos los demás cristianos acaten su doctrina con todo el cúmulo de dogmas, tradiciones, etc., y las otras dos ramas, al menos los evangélicos, no deseamos que se acate nuestra doctrina, sino que se reciba la de Cristo, aceptándosele como completo Salvador de los mortales, y que en vez de buscar las personas consuelo para sus almas contristadas y afligidas en confesiones sacerdotales, misas, sufragios, etc., miren al Gólgota y vean a Jesús realizando la obra de nuestra redención con tanto amor y humildad.

No obstante, las palabras de Cristo han de tener su confirmación algún día, y el bendito ideal de la unidad cristiana le veremos conseguido, teniendo por Jefe de nuestra Iglesia, no a reyes, emperadores, papas o santos, pero sí a nuestro Sumo Pontífice, que está sentado a la diestra de Dios intercediendo constantemente por nosotros.

La cuestión está en que la unidad cristiana se busque por los medios naturales, es decir, en la persona de Cristo y no en la de ningún hombre, por muy encumbrado e infalible que sea o pretenda ser.

Buscándola de esta forma, pronto las palabras de «habrá un rebaño y un pastor» las veremos confirmadas y tendremos por nuestro Jefe Supremo al «Pastor y Obispo de nuestras almas».

R. TAIBO SIENES

¡Oh muerte, muerte! ¡No sé quién te teme, pues estás en ti la vida! — Santa Teresa de Jesús.

EL ANHELO DE BIENESTAR

(DE NUESTRO CONCURSO ACTUAL)

«Ninguno de nosotros vive para sí»
ROMANOS, IV, 7.

EN todo tiempo ha sido y seguirá siendo la preocupación y el anhelo de toda criatura humana, procurar su bienestar; el que sus días sobre la tierra sean en abundancia de paz y felicidad.

Y nada más lógico y natural, porque conciben y esperan un algo que no alcanzan a definir, pero que les da la idea de un benéfico cambio de situación en un tiempo más o menos próximo; y esta esperanza les mueve a sentir el afán de vivir; a tener ese apego a la vida, y ese deseo de prolongar sus días para lograr sus aspiraciones, satisfacer su egoísmo, y gozar de ese estado de prosperidad y grandeza con que sueñan sus ambiciones y que creen poder disfrutar en el mundo.

Mas el hombre, que es insaciable y descontentadizo, dejándose arrastrar por la pasión egoísta que domina su corazón, se deja, cada vez más, de ese camino de próspera ventura que ansia disfrutar.

La engañosa apariencia del mundo le fascina y atrae hasta el punto de producir en él la fiebre de la codicia, que le aparta del bien, y le priva de la clarividencia de ese futuro en que toda ilusión se desvanece para dejar paso a la realidad.

Esta fiebre de ambición es también el tirano que le azota y esclaviza encendiendo en su pecho el fuego de la discordia y antagonismo social; es la que impide que acepte la idea de compañerismo y amor fraternal, porque le imposibilita para comprender qué cosa es Caridad.

Pensar en sí mismo, es el egoísmo más brutal y repugnante que puede sustentar el ser humano; porque anula sus facultades y no puede llegar a comprender la sublime realidad de la abnegación.

Esta ceguera del corazón humano es la que tantas víctimas inmola sobre el altar de la soberbia y vanidad.

No hay que negar, sin embargo, que hay ambiciones que por lo nobles y desinteresadas, son disculpables y merecen calificarse de justas, y hasta hay que alentarlas, porque tienden al mejoramiento propio, y a su vez al de los demás.

Estas ambiciones, cuando se unifican con el amor, son un factor importante e imprescindible para el progreso de la Humanidad. Porque, ¿qué es amor, sino la consagración de todo entusiasmo y noble sentimiento a favor de los necesitados y afligidos? ¿Qué, sino la abnegación absoluta en beneficio de todo ser humano? Y la noble ambición es la que mueve a los corazones magnánimos a obrar sincera y desinteresadamente por el bienestar general de la sociedad.

El afán de prosperidad es natural y necesario en el hombre, para que en vida

sea de constante actividad; porque ambicionar lo bueno, anhelar la pacificación universal, pretender conquistar el corazón humano para que acepte el homenaje de amor que le haga capaz de vencer sus añejas costumbres y practicar la caridad, es la más sublime ambición que debemos sustentar. Y, mayor satisfacción, la de haber cumplido con toda felicidad tan benéfica y humanitaria labor.

«Ninguno vivimos para sí», por consiguiente, nos debemos los unos a los otros y estamos obligados a prestar toda ayuda a nuestros semejantes sin excusas ni restricciones; con todo el entusiasmo y diligencia que la necesidad reclame; y de este modo, nuestros pasos, nuestros pensamientos y nuestras acciones, irán dirigidas por el único sendero que conduce a la realidad, a la verdadera vida, a la eterna felicidad, y ésta no consiste ni puede consistir en alcanzar poner a cubierto las necesidades corporales, sino en nutrir nuestras almas con el alimento espiritual de la palabra divina del Evangelio, porque ella es salud, gozo y paz y vida eterna para el que cree.

Esta cuestión, tan transcendental e importante, no puede ni debe pasar desapercibida para todo aquel que busca la paz de su conciencia, la tranquilidad de su espíritu.

Para vencer hay que luchar; hay que ser fuertes y decididos; hay que resistir con valor la rudeza de la pelea y no desmayar, porque si flaqueamos en la defensa, si nos asalta la duda, o si descuidamos nuestro deber, el fracaso será inevitable; pero si permanecemos firmes, la victoria será el premio a nuestra constancia.

El hombre que vive despreocupado de toda idea religiosa y funda su esperanza y anhelo en vivir por lograr el goce de los fingidos deleites del mundo, encontrará defraudadas sus esperanzas y desvanecidas sus ilusiones cuando, después de aquel efímero momento de placer, tenga que apurar la terrible y amarga copa de dolor que el mundo en su festín le ha de hacer beber.

Y si queremos que nuestras almas no sean privadas de la eterna ventura que Dios les tiene prometida, es necesario que busquemos las cosas del cielo y no las terrenas que son tan pasajeras y finitas como la vida.

Para esto, pongamos atento nuestro oído a la voz del Evangelio que nos dice cómo hallar la verdadera felicidad en esta vida y en la futura: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán por añadidura», porque, ¿de qué le servirá al hombre si granjeare todas las riquezas de la tierra si pierde su alma?

Estas y otras análogas recomendaciones, que a cada paso encontramos en las Escrituras, nos llevan a la convicción de que, para gozar de la paz y felicidad verdadera, hay que ser no solamente oidores de la palabra, sino hacedores y cumplidores de todos sus divinos preceptos.

Si anhelamos vivir por el sólo placer de agradarnos a nosotros mismos y recrear nuestros sentidos en las cosas del mundo que nos apartan del camino de rectitud y justicia, menospreciando la dádiva de Dios, que es vida eterna en Cristo Jesús, nuestra vida será una vida ficticia y miserable, como flor cuya aroma está extinguido.

Mas si anhelamos la vida por conseguir más y mejores días en el amor de Aquél que dió su vida por nuestro rescate, entonces, y sólo entonces, tendremos el amor del Padre, que hace felices para siempre a los santificados.

Tengamos, por tanto, fe en el presente, porque sin fe es imposible agradar a Dios, y esperemos sin impaciencia el cumplimiento de las promesas y gracias con que el Señor en su bondad y misericordia infinita nos haya de favorecer; porque «Él sabe de qué cosa tenemos necesidad, y no tarda su promesa» y «el justo vivirá por la fe».

Y cuando tengamos valor suficiente para despreciar el mundo y sus vanidades, entonces será cuando estaremos más cerca del amor del Padre; «porque el amor del mundo es enemistad con Dios».

Amemos, sí, la vida por ser don de Dios; pero amemos a la Humanidad, y usemos de misericordia con todos; porque si no tenemos caridad, nuestras acciones y palabras serán vanas y nuestro corazón no obrará justicia.

Apartemos de los ojos de toda criatura el velo de la ignorancia y de la superstición, mostrándole los bellos resplandores de la celeste gloria que todos están llamados a disfrutar. Y de este modo conseguiremos nuestro anhelo; el amor del Padre, y la vida eterna por Cristo nuestro bendito Salvador y Redentor.

Así que «no os canséis de hacer el bien por amor a nuestro Señor que nos amó primero; porque lo que el hombre sembrare, eso también segará».

«Y mirad que no os engaéis; y el que piense estar firme mire no caiga». Mas «encomienda a Jehová tu camino, y espera en Él».

UN AMANTE DE LA LUZ

¿Cuál es el supremo ideal de nuestra vida? Según aquél sea, será ésta. Hay ideales que redimen, dignifican y rodean de luz una vida; hay otros que la hunden paulatinamente en degradación.

¿Cuáles son nuestros deseos para el prójimo? ¿Podemos decir, al terminar el día: hoy he procurado el bien de mis semejantes? Buscar esto sería una buena aspiración.

Saúl volviendo de consultar a la pitonisa de Endor

(TROZO LIRICO)

La noche aún se cernía sobre los montes de Moreh. Negras sus tintas como las sombras del dolor, eran más negras para los ojos de Saúl, que vacilante caminaba entre los matorrales, sintiendo que sus pies se hundían en insospechado abismo. Algunas encinas mostraban su figura allá en la cumbre, y parecían fantasmas que huyesen de la presencia de los vivos. Una brisa suave, fresca, venía del otro lado de los montes, del Mar grande, del azul mar que está entre tierras («Medi-terráneo»): chocaba en las hojas, mitad esmeralda y mitad plata, y producía un sonido misterioso que hacía soñar con imágenes desagradables. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Saúl.

Al contrario de las noches del país, claras y llenas de millares de estrellas, estaba la noche oscura; parecía que presintiese algún suceso trágico, y piadosa, se había ocultado a llorarlo tras un espeso manto de obscuridad. Así por lo menos parecíale a Saúl.

Endor habíase quedado atrás, hacia el Poniente. Bajaban Saúl y sus escuderos por la pendiente que lleva a un vallecito próximo al lugar donde estaba su ejército. A veces, una piedra desprendida bajaba rodando por el barranco, y en el ruido que producía al caer y chocar con otras, se envolvía el misterio de lo indecifrable. Vidas que corrían a través de los días y de los años hacia su fin, pero tan imprudentemente que no vivían: eran despeñadas por una fuerza que les empujaba hacia el abismo, estando su voluntad dormida. Así la de Saúl. A cada choque, el alma de Saúl se estremecía y el cabello se le erizaba: cada arbusto que sobresalía en el azul obscurísimo del cielo, parecía que era el cabello de Samuel que flotaba al viento; en cada movimiento de cada hoja parecía oír el susurro del manto que se movía. Cada sombra parecía repetir las fatídicas palabras del viejo profeta.

De pronto, un pájaro despertado levantó el vuelo. . . , y el cuerpo de Saúl hubiese caído todo lo largo que era (el más hermoso de todo Israel), si no lo hubiese sostenido la férrea lanza y las manos del escudero que caminaba detrás de él. La serena calma sentía que pesaba sobre sus hombros como si fuera la mortaja que ya cubría su cuerpo. Los hombros se inclinaban hacia la tierra respondiendo al llamamiento que ésta le hacía.

Sentía en el ambiente un olor mágico, misterioso... tal cual lo había sentido cuando se apareció Samuel. Aquella convivencia con un muerto, aunque fué breve, dejó para él en el mundo el olor eléctrico espiritual: él ya no pertenecía a la materia; él era ya de los espíritus. Y como carne que cae a la tumba, iba flanquean-

do a cada paso. La cabeza inclinada, los ojos sobresaltados, las manos abatidas y el corazón silencioso, pues como si presintiese el fin tan apenas latía. Saúl caminaba a su fin; su cuerpo, aún no gastado, se lo decía a impulsos de su alma, que se deshacía, y del espíritu, que habitaba en tinieblas. La mañana, que ya pronto iba a venir, sería la última de su vida, y el próximo día había de ser también el que encerrase el final de su carrera.

Hacia Oriente ya asomaba una luz incierta. Poco a poco se fué extendiendo hacia todo el horizonte del Este. Una luz verdosa, con tintes amarillentos, que bañaba la tierra de fantástica ilusión. Melancólico, para Saúl, fué el amanecer de aquel día, pero para él no fué mañana, porque para él ya había pasado la noche, la mañana y el día.

La luz se detuvo un momento, y en tanto la Naturaleza suspensa se detenía en su vivir para admirar el prodigio de la luz del Este. La calma se hizo más profunda. El ruido que producían las pisadas, aumentaba el silencio en los oídos de los que andaban. Pero fué un momento nada más. En seguida una luz rojiza poco a poco se fué extendiendo entre las figuras de algunas encinas que estaban hacia el Oriente, antes de llegar al valle de Jezreel. Y ante aquel himno de colores, de sangre quizás, como restos de batallas tenidas allá en el Este, con las tinieblas. . . , atónita la Naturaleza de nuevo se detiene suspensa. Las líneas de los montes se marcaban en aquel fondo de luz misteriosa. A veces la línea curva era cortada por el tronco ramoso de alguna encina, y cada rama tenía su línea negra que la esculpía en aquel fondo verdegay del Alba. Al amarillo primero sucedió el rojo pálido, al rojo pálido el rojo de oro; mientras, en Occidente, una gasa espesa, mezcla de sombras oscuras y de rosa como si allí se uniesen en abrazo de amor la luz y la tiniebla, se mantenía pesada sobre el horizonte.

Ya empezaban a distinguirse los objetos. Saúl atravesó el pequeño arroyo que hay entre Moreh y Gilboa. La luz fué agrandándose todavía; cuando ya estaban cerca de Jezreel era de día completamente. Poco después se veía al ejército de Israel acampado cerca del pozo y de las fuentes. Al otro lado se veía el nutrido ejército filisteo, esfuerzo máximo que los incircuncisos habían hecho. Saúl había llegado a un alto, desde el cual se veía todo el campo. Mandó a los escuderos fuesen a las tiendas para prevenir al ejército y él se quedó en la colina.

Al ver al ejército dispuesto en orden y tan silencioso, un presagio de muerte y de sangre corrió por toda la llanura y un sudor frío se escapó de su frente, cargada

de negros pensamientos. No pudo por menos, lloró; lloró ante su última hora, y no lloró por sí sólo, lloró por su hijo Jonatán, el bravo hijo para quien él había querido el trono de Israel; lloró por cada soldado de aquel reducido ejército que iba a morir, porque iban a morir por culpa suya. Las lágrimas del arrepentimiento surcaron su faz.

El sol, envuelto en una gasa purísima de aéreo oro, más puro que la bondad de los corazones humanos, surgía del Este... Y aquel astro de oro, que así surgía de lo desconocido, era, para los del valle, el marco de una figura, majestuosa en un principio, pero que poco después se iba abatiendo hasta tocar el suelo, Saúl volvía a ser grande la última vez en su vida, volvía a ser bueno cuando su corazón estaba contrito de haber pecado, y el sol, como el manto áureo, prestaba al ungido de Dios la misteriosa y mágica sepultura del rey que cae peleando por su pueblo.

SALATIEL BERNAD.

El rey Salomón, protestante.

Tenemos un nombre ilustre más que añadir a la larga lista de los famosos inventores, hombres de ciencia, filántropos, reformadores sociales, misioneros, etc., que han surgido en el ambiente cultural y moral producido por la Reforma del siglo XVI.

Es el nombre del rey Salomón.

Por si esto extraña a nuestros lectores, allá va la carta que, con el título «Propaganda Protestante», ha aparecido en el diario católico más importante de Madrid:

«Señor director de *El Debate*:

»Muy señor mío: quiero referirle un rápido incidente que ayer me sucedió, que, más que nada, por lo que tiene de sintomático, me atrevo a poner en su conocimiento, por si de tal hecho pudiera hacer algún provechoso comentario en el periódico de su digna dirección, del que soy muchos años suscriptor, al que tantas enseñanzas debo y por el que siento verdadero cariño.

»El mismo Día de la Prensa católica, dentro del templo parroquial de San Sebastián y expuesta Su Divina Majestad, se me acercó un individuo, que, previas frases corrientes para trabar conversación y despistar, me ofreció un folleto titulado *Los Proverbios*, editado en 1927 por los protestantes de la Sociedad Bíblica de la calle de la Flor Alta.

»¿Comentarios? ¿Para qué hacerlos yo? Sin otra cosa más, aprovecha gustoso esta ocasión para ofrecerse de usted, seguro servidor, q. b. s. m., *Luis Barcalda Moreno*.

» Madrid, 30 de Junio de 1928. »

Como es más que probable que *El Debate* no haga los comentarios a que le

invita su comunicante, nos atrevemos a ofrecer los nuestros.

El libro *Los Proverbios*, editado por la Sociedad Bíblica, no es un folleto. Es un libro completo de la Sagrada Escritura, que empieza así: «Los proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel». No sabemos por qué sea «propaganda protestante» ofrecer en venta o como regalo un ejemplar de esta preciosa colección de dichos santos y prudentes. A no ser que el mismo rey Salomón fuera protestante.

No nos atrevemos a afirmar que no lo fuese. Ocurre con la Sagrada Escritura una cosa que debe ser muy extraña al sencillo y fiel católico romano. Aun editada con censura eclesiástica, la Biblia parece escrita para dar la razón a los protestantes. ¡Vaya si es expresiva, tanto en sus manifestaciones como en sus silencios! ¿Si habrán los protestantes sobornado a los escritores santos para que se pongan de su parte?

Con todo, no es tan protestante los Proverbios como la Epístola a los Romanos, que trata de la justificación por la fe; ni como la de los Gálatas, que nos exhorta a la libertad cristiana; ni como la de los Hebreos, que no admite más sacrificio expiatorio que el de la Cruz. Y no es justo que no habiendo tratado de hereje a San Pablo, se dé este calificativo al hijo de David.

Y puesto que ni uno ni otro de estos sacros autores están en el Índice, no es justo extrañarse de que sus obras se ofrezcan en la Casa de Dios y en el Día de la Prensa católica. ¿Qué otras mejores se pueden ofrecer?

Nada, Sr. Barcalda. Otra vez, acepte usted *Los Proverbios*. Son Sagrada Escritura. Y además, infinitamente más interesantes que su periódico predilecto. ¿A que no lo niega el mismo Debate?

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

La mejor versión de la Biblia.

Una vez estaban varias personas hablando acerca de las diferentes versiones de la Biblia y cuál de ellas sería más fidedigna.

Entonces dijo un hombre: «Yo prefiero la versión de mi madre a todas las demás».

Todos se sorprendieron y le preguntaron: «¿Qué quiere usted decir con esto? Su madre no ha hecho ninguna traducción de la Biblia, ¿o se refiere usted a la versión que ella tenía?»

Entonces respondió el hombre: «En lo que yo puedo acordarme, mi madre me ha traducido la Biblia en la vida diaria, y ella traduce finalmente y da a todo su debido significado. En su traducción todo está claro y comprensible. Hasta un niño puede comprender esta versión».

¡Hermanos! ¡Traduzcamos nosotros también fielmente la Biblia en todos los actos de nuestra vida diaria!

LA JOYA ÚNICA

Cruzando el desierto, un viajero inglés vió un árabe muy pensativo sentado al pie de una palmera. A poca distancia reposaban sus caballos, pesadamente cargados, por lo que el viajero comprendió que se trataba de un mercader de objetos de valor, que iba a vender sus joyas, perfumes y tapices a alguna ciudad vecina.

Como hacía mucho tiempo que no conversaba con nadie, se aproximó al pensativo mercader, diciéndole:

— Buen amigo, ¡salud! Parecéis muy preocupado. ¿Pero acaso puedo ayudaros en algo?

— ¡Ay! — respondió el árabe con tristeza —. Estoy muy afligido porque acabo de perder la más preciosa de las joyas.

— ¡Bah! — replicó el otro —. La pérdida de una joya no debe ser gran cosa para vos, que lleváis tesoros sobre vuestros caballos y os será muy fácil reponerla.

— ¡Reponerla! ¡Reponerla! — exclamó el árabe —. Bien se ve que no conocéis el valor de mi pérdida.

— ¿Pues qué joya era? — preguntó el viajero.

— Era una joya — le respondió su interlocutor — como no volverá a hacerse otra. Estaba tallada en un pedazo de piedra de la Vida y había sido hecha en el taller del Tiempo. Adornábanla veinticuatro brillantes, alrededor de los cuales se agrupaban sesenta más pequeños. Ya véis cómo tengo razón al decir que joya igual no podrá reproducirse jamás.

— A fe mía — dijo el inglés —, vuestra joya debía ser preciosa. Pero ¿no creéis que con mucho dinero pueda hacerse otra análoga?

— La joya perdida — respondió el árabe, volviendo a quedar pensativo — era un día, y un día que se pierde no vuelve a encontrarse jamás. — *Rabindranath Tagore.*

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

PENSAMIENTOS

¿Y nuestros ideales para Cristo? ¿Nos parecemos en esto a San Pablo? Para él, la aspiración suprema era que Cristo habitase en él.

La gran cuestión de nuestra vida es la elección de los ideales. Formemos nuestro ideal y marchemos tras él; muchas vidas se malgastan por falta de ideales.

La plegaria de intercesión es la vida en actividad con Dios; es esa bendita actividad que es inseparable del alma que vive y mora en Dios por Cristo Jesús.

Un cínico podría con toda verdad resumir la vida de muchos cristianos que casi nunca dan gracias, diciendo que consistía en pedir siempre, recibir siempre, y olvidar siempre.

Información Evangélica.

El Directorio Evangélico.

Solicitamos encarecidamente de los pastores y encargados de obra en las tres provincias de Zaragoza, Huesca y Teruel, el envío de los datos necesarios para publicar el directorio del Reino de Aragón.



Rubí.

El día 25 del pasado, a las cinco de la tarde, los espaciosos jardines de la Iglesia Evangélica de Rubí quedaron llenos de personas deseosas de contemplar la fiesta que en los nombrados colegios organizamos, como se acostumbra cada año, en este día al finalizar el curso escolar.

Después de haber dirigido la palabra nuestro pastor, D. Juan Capó, el pastor de la Iglesia de Tarrasa, D. Samuel Vila, elevó una ferviente oración al Señor, pidiéndole una bendición para aquella tarde.

Seguidamente, los jóvenes de la Sociedad de E. C. cantaron un himno, y los niños y niñas de la escuela empezaron a distinguirse haciendo lo que buenamente pudieron.

Cantaron algunos rítmicos e hicieron algunos ejercicios gimnásticos.

El gozo reinaba en nuestros corazones al ver con el entusiasmo que los padres oían aquellas tiernas vocellitas que se elevaban hasta el trono de Dios.

Pronto se respiró un ambiente espiritual al empezar los jóvenes a recitar los escogidos diálogos «La aldea de Betania», «El hijo pródigo», «El himno universal», «Una buena amiga» y «La cruz y la corona», representación del «Protomártir Esteban».

Dos himnos de celestial armonía para finalizar, abrieron los oídos de los que presenciaban el acto.

El Señor contestó la oración que se elevó al empezar la fiesta. — El subsecretario, Antonio Solanas.



REGISTRO

Bautismos. — Iglesia Evangélica de Sans, Barcelona. El día 1.º de Julio fué bautizado, con los nombres de Manuel, Antonio y José, un niño, que nació el 17 del pasado Junio.

— Iglesia Española Reformada, La Carolina. El 17 del pasado Julio recibieron las aguas del bautismo la niña Juana, de dos años de edad, hija de D. Miguel Parrilla y D.ª Francisca Otero, apadrinada por D. Juan Otero y Miss Ethel M. Haselden, y el niño Luis, de seis meses, hijo de los mismos, y apadrinado por los hermanos Volney y Palmira Parrilla.

A todos muchas felicidades.

EN EL NÚMERO PRÓXIMO PUBLICAREMOS SECCIÓN FINANCIERA

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA



(Continuación.)

El honrado Muscaut se ganaba la vida comprando pieles a los cazadores y a los pastores de las montañas de Saboya y revendiéndolas, con buena ganancia, principalmente a los curtidores de Ginebra. Poseía, como algunos otros mercaderes un salvoconducto del Consejo, en virtud del cual iba de una a otra ciudad cuando quería, hasta cuando eran más enconadas las luchas entre los señores de Saboya y los ciudadanos de Ginebra. El Conde de Lormayeur le favorecía mucho; pero después de la aventura de Norberto había tenido buen cuidado de no dejarse ver. En cambio no le inspiraba temor alguno el ir a Ginebra, porque, habiendo salido bien los ginebrinos con su picardía (así lo consideraba él), estarían probablemente muy satisfechos. Antonio Calvino le conocía mucho, porque, siendo un verdadero artista en su oficio y buscando siempre la manera de perfeccionarlo, le gustaba escoger por sí mismo las pieles que requería su trabajo y que entregaba después a un curtidor hábil para que se las preparase. Muscaut sabía las que le gustaban y solía reservarlas, sin preocuparle en lo más mínimo el hecho de que hubieran de servir para cubiertas de libros abominablemente heréticos.

Después de cenar, Santiago Calvino, linterna en mano, le acompañó hasta la posada del Cisne Negro, donde se alojaba; y, entretanto, Norberto refirió a su padre, sin reserva alguna, toda su entrevista con el joven Conde, mostrándole el anillo que éste le había regalado.

De Caulaincourt se conmovió mucho. ¡Su caprichoso hijo había sido, a pesar de todo, fiel a su padre y al Dios de su padre! Había sido tentado y no sucumbió, aunque la prueba fué grande. Y, sin embargo, aún había sido mayor de lo que el padre imaginaba. No dijo nada; aquellos tiempos eran más de hechos enérgicos que de vanas palabras; pero el «Has hecho bien, hijo mío», satisfizo por completo el corazón de Norberto.

Sucedióse entre ambos uno de esos silencios que en muchas ocasiones valen más que las palabras, y que rompió al fin Norberto, diciendo a De Caulaincourt:

—Padre, creo que debo decírselo todo a maese Berthelier. ¿Te parece que se encuentra bien esta noche?

— Hoy está realmente mejor; en todo el día no ha tenido calentura y apenas ha sentido dolores. Vamos a verle.

Hiciéronlo así, y Berthelieir, muy pálido e incorporado sobre almohadas en su lecho, escuchó el relato con gran interés. Una vez terminado, habló en estos términos:

— Todo eso me confirma más en el propósito que abrigo en mi mente desde que he podido empezar a pensar en algo. Gabriela debe hacer, con cuantos requisitos legales sean necesarios, una transferencia formal de todos sus derechos a los bienes de Castelar, en beneficio de su deudo, el Conde Victor de Lormayeur.

— Pero, ¿serán aceptados en los Tribunales de Saboya los documentos que hagamos nosotros los de Ginebra? — interrogó De Caulaincourt.

— Si fuéramos nosotros los que reclamáramos esos bienes — repuso Berthelier sonriendo —, dudo mucho de que nos atendieran; pero el asunto varia, siendo nosotros los que renunciamos. Creo que ese documento será muy útil; el joven Conde hará que el Duque le oiga, y si éste conoce su propio interés, se ocupará del caso, tomándolo en consideración por tratarse del Conde. Crea, además — añadió tras una pausa —, que maese Muscaut debe ver a los síndicos y llevar al joven Conde la promesa de ellos de que se hará así. También debe disponerse algo sobre el rescate de los prisioneros, porque es indudable que la ciudad está en deuda. Mi opinión es que, por conducto de Muscaut, enviemos mañana una carta al joven Conde manifestándole lo que nos proponemos hacer, y, si acepta, podemos hacerlo inmediatamente.

— Sí, hay que hacerlo en seguida — observó Norberto —; porque, según tengo entendido, el Conde va a partir muy pronto para España.

— Quiero que el asunto de Gabriela se arregle lo antes posible, por más de una razón — añadió Berthelier —, puesto que es más para protección suya que para ventaja del Conde. Mientras sea heredera de Castelar, está en peligro; puede ser reclamada, pueden tenderle una celada, y hasta ser robada violentamente por los que quieren lucrarse con sus derechos. El acta de renuncia la hará legalmente lo que ha sido siempre de corazón: una verdadera hija de Ginebra, ni más ni menos.

— Veo que estáis fatigado — dijo De Caulaincourt, después de asentir a todo

lo expuesto —; no hablemos más, y nos retiraremos para que descanséis.

— Buenas noches, amigo mío. ¡Ah! Esperad un instante. Esa carta debe ir firmada por los cuatro sindicos en representación de la ciudad; y que lo hagan pronto, mañana por la mañana. Ocupaos vos de ello, os lo suplico.

— Lo haré así. No os preocupéis.

— ¡Ah! Ahí viene Gabriela. Niña, saluda al señor De Caulaincourt y a su hijo Norberto, mis buenos amigos, que, aun ahora mismo, te están haciendo más servicio de lo que tú supones.

Saludaron los caballeros a la joven con la cortesía propia de su nación, y los tres juntos fueron hasta la puerta de la calle. Al regresar Gabriela, vió que Berthelier estaba medio dormido.

Detúvose un instante, dudando qué haría; pero su paso, aun siendo muy leve, despertó al anciano, que, al verla, murmuró preguntando: ¿Yolanda? Y recordando la completa conciencia de sus actos, añadió:

—Creo que estaba soñando. Gabriela, ¿verdad que te alegrarías de pertenecer por completo a Ginebra y a mí?

— Siempre lo he considerado así, padre mío, excepto en cuanto, como todos nosotros, pertenezco a Dios.

— ¿Pertenece a Dios? En ese caso que nuestro dueño tome y haga uso de lo que es suyo. Sea así; no pido más.

(El capítulo XXII se titula «La temida entrevista».)

Tapas e índices de 1927.

EL ÍNDICE lo enviaremos gratis solamente a los suscriptores coleccionistas que lo soliciten de esta Administración.

LAS TAPAS se venden al precio de 2,50 pesetas en Madrid; 3, para provincias y América, y 3,50, el resto del Extranjero. Estos precios incluyen gastos de embalaje, franqueo y certificado.

Hemos remitido las tapas a los señores M. P., de Montevideo; T. F. C., de Venezuela, y W. B. K. R., de Esilda.

Hemos remitido el indice a D. P. G., de Sevilla.

NUESTRA ESTAFETA

S. G., Puertollano.— Le hemos enviado todos los números desde 1.º de Julio para el nuevo suscriptor.

I. P., Úbeda. — Le hemos remitido todos los números de ESPAÑA EVANGÉLICA desde 1.º de Julio, y hemos entregado al administrador de *Amigo de la Infancia* el importe de su suscripción a dicho periódico.

A. G., Bahía Blanca. — Recibido su giro. Hemos enviado a los nuevos suscriptores los oportunos recibos y todos los números desde 1.º de Julio. Quedan ambos suscriptos hasta fin de Junio del año próximo.

Esfuerzo Cristiano

Generosidad.

Dom., 12 de Agosto. 2.^a Cor., 9, 6-15.

Lecturas diarias.

Lunes . . Dones generosos . . . Ex., 35,4; 5, 21-25.
Martes . . Dones que aumentan. Prov., 3, 9 y 10.
Miércoles . Servicio generoso . . 2.^a Cor., 12,12-17.
Jueves . . Generosa hospitalidad Heb., 13, 1-3.
Viernes . . Pensar generosamente . . . Fil., 2, 2-9.
Sábado . . El diezmo . . . Mat., 3, 8-12.

Notas de introducción.

La generosidad es una de las virtudes que debieran ser más distintivas en los cristianos. En los primeros tiempos de la Iglesia sabemos hasta qué extremo llevaban los cristianos esta virtud. Quizá en los tiempos actuales debamos todos reprimarnos por la falta de generosidad, no obstante ser virtud importantísima. Repártanse los esforzadores el asunto, y citen unos, pasajes donde se nos ordena la generosidad; digan otros, cómo y con quienes debe ser ejercitada, y recuérdense algunas de las promesas dirigidas a los generosos. Háblese de la malentendida generosidad que busca la alabanza de los hombres y del castigo que recibirán, aún en este mundo los no generosos. Citense ejemplos bíblicos de generosidad. Y para dar resultados prácticos a la reunión, bueno sería que los esforzadores hiciésemos examen de conciencia para ver si somos generosos, y proceder en consecuencia de aquí en adelante.

Ejemplos de generosidad.

Dios no mira «cuánto» damos, sino «cómo» damos. Para Cristo, la viuda pobre que echó dos blancas en el gazofilacio del templo, dió más que los ricos, por haber dado con espíritu de amor hasta el sacrificio.

La pobre viuda de Sarepta vióse premiada por su generosidad como no podía esperar. Así sucede siempre; nunca Dios desampara a los generosos, sino, por el contrario, les da más ocasiones de bendecirle.

Por la generosidad, Abraham hospedó ángeles. Nosotros, en cierto sentido, damos a Cristo mismo cuando socorremos al necesitado,

Temas para pensar.

Mencionad algunas maneras de mostrar generosidad al prójimo. Decid los motivos que tenemos para ser generosos.

Exponed las razones por las que debemos darnos nosotros mismos tanto como nuestro dinero.

Pensamientos.

La generosidad verdadera procede con amor, y sin éste no valdría nada. Por eso San Pablo decía que, sin amor, aunque repartiese su hacienda, de nada le serviría.

La verdadera generosidad rehuye la alabanza, es humilde; quien busca ser alabado, más que generoso, sería un fatuo.

La generosidad hecha con ostentación sólo recibe como premio el desagrado de Dios. No humillemos a nadie con nuestra generosidad, pues nada nuestro damos, sino lo recibido de Dios.

Sociedades infantiles.

Dádivas agradables a Dios.

Dom. 12 de Agosto.

Mat., 6, 1-8.

El hombre fatuo, el hombre orgulloso, busca con frecuencia en la limosna una patente de virtud, y cree que con dar unos céntimos que no necesita, tiene derecho a esperar la alabanza de todos. Error. Podrá engañar a los hombres, pero a Dios no. Por eso Cristo censuró a los fariseos su hipocresía; ellos hacían tocar trompeta con el propósito aparente de que los pobres acudieran a recibir su limosna; pero lo que realmente buscaban era ser vistos y alabados.

Dádivas guiadas con sincero amor, son las que Dios quiere ver en sus hijos.

PABLO: su vida y sus Epístolas

Por el Rdo. H. B. Bardwell

Este libro ha sido escrito expresamente para ser usado en las clases del Colegio Candler, de Cuba. Es obra de un experimentado maestro. Recoge y aprovecha lo mucho que se ha dicho sobre el asunto por los mejores autores. Los instructores de Escuela Dominical encontrarán aquí un auxilio valiosísimo en la preparación de sus lecciones.

En tela, 364 páginas.

Precio, 5 pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas

Flor Alta, 2 y 4, 1.^o - MADRID

Teléfono 17.933

Escuela Dominical

El Concilio de Jerusalem.

12 de Agosto.

Hech., 15, 1-38.

TEXTO AUREO: Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.—Juan, 8,36.

Muchos judíos cristianos, sin comprender el carácter transitorio de la dispensación mosaica, creían firmemente que los gentiles convertidos a Cristo debían circuncidarse y guardar la ley de Moisés para salvarse; es decir, que no se podía ser cristiano sin hacerse antes judío. Probablemente, muchos de los que así pensaban eran hombres sinceros. Pero otros eran tercios, intolerantes, «falsos hermanos», como Pablo los llama, y éstos hicieron mucho daño al Apóstol en todos sus viajes.

Los judíos que habían enseñado en Antioquía la necesidad de la circuncisión, pretendían, sin duda, representar la doctrina más pura y sana de la Iglesia, y des- acreditaban a Pablo, poniéndolo muy por

debajo de los apóstoles que habían comido y bebido con el Señor y habían aprendido la verdad de sus propios labios. El mejor camino, pues, para resolver la cuestión, era consultar a los mismos apóstoles y a los cristianos más distinguidos de la Iglesia de Jerusalem.

Acompañados de la Iglesia por alguna distancia, los comisionados embarcaron, probablemente en Seleucia, haciendo el viaje por la costa de Fenicia y después a través de Samaria. Fueron recibidos por la Iglesia de Jerusalem, y ya en esta primera reunión algunos cristianos pertenecientes a la secta de los fariseos expresaron su opinión de que los convertidos gentiles fueran circuncidados. Entonces se convocó una reunión especial para estudiar este asunto.

Después de un caluroso debate, Pedro se levantó y habló de su propia experiencia. Él había visto gentiles incircuncisos, como Cornelio y su familia, recibir el Espíritu Santo, lo cual era prueba evidente de que Dios los aceptaba tales como eran. La ley había sido un yugo pesado para los mismos judíos. ¿A qué imponerlo sobre los gentiles, si no había más que un camino de salvación, «la gracia del Señor Jesús»?

El discurso de Pedro calmó los ánimos excitados, y la asamblea quedó en la disposición más apropiada para oír con calma lo que Bernabé y Pablo contaron de las maravillas y señales grandes que Dios había hecho por medio de ellos entre los gentiles. Los hechos son los mejores argumentos, y Bernabé y Pablo los tenían en abundancia.

Jacobo o Santiago no era ninguno de los dos apóstoles que llevaron este nombre (el hijo de Zebedeo y el hijo de Alfeo), sino un hermano de Jesucristo, hijo, según unos, de José y de María, y según otros, de José en un matrimonio anterior. La tradición nos dice que este Jacobo era tenido por un hombre de gran santidad, que vestía siempre de blanco y llevaba una vida ascética. En la historia eclesiástica se le da el título de obispo de la Iglesia de Jerusalem. El hecho de pronunciar él la última palabra en el debate, indica que presidía el Concilio.

Jacobo propone una transacción. El punto principal de debate se resuelve en el sentido que Pablo había enseñado y practicado; los gentiles no estaban obligados a circuncidarse. Pero si judíos y gentiles habían de vivir como hermanos en la Iglesia cristiana, convenía que los gentiles se abstuvieran de algunas cosas horriblemente odiosas a los judíos, como el comer o beber sangre, cosa que los paganos hacían con frecuencia, mezclándola con vino en sus fiestas religiosas; el comer animales ahogados, el comer carnes sacrificadas a los ídolos y el tomar parte en las escenas de licencia e impureza que acompañaban el culto pagano.

La proposición de Jacobo fué aceptada, y se redactó una cariñosa misiva para los cristianos gentiles. La diferencia estaba resuelta; el cisma se había evitado.

ALFONSO FOTOGRAFO
TELÉFONO 2569
FUENCARRAL, MADRID